

Andrés Bello, *Cuadernos de Londres*, edición de Iván Jakšić y Tania Avilés (Santiago: Universitaria, 2017).

## PRESENTACIÓN

# TRANSCRIBIR: EL LEGADO DE BELLO\*

Juan Antonio Ennis

CONICET-Universidad Nacional de La Plata

Si la lisibilité d'un legs était donnée,  
naturelle, transparente, univoque, si elle  
n'appelait et ne défiait en même temps  
l'interprétation, on n'aurait jamais à en hériter.  
Jacques Derrida, *Spectres de Marx*<sup>1</sup>

**E**l primer centenario del nacimiento de Andrés Bello dio ocasión a diversos homenajes, siendo sin duda el más notable el de la organización de sus escritos, publicados e inéditos, impulsada y patrocinada por el Estado chileno, en la forma de la edición de su *Obra completa*. Entre estos volúmenes se cuenta la primera edición de su más demorado, madurado y asendereado aporte a la filología hispánica, su *Poema*

---

JUAN ANTONIO ENNIS. Profesor de filología hispánica en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (Conicet-UNLP). Email: [juanennis@conicet.gov.ar](mailto:juanennis@conicet.gov.ar).

\* El autor agradece especialmente a Iván Jakšić, Tania Avilés y Darío Rojas su generosa invitación a participar de la presentación de los *Cuadernos de Londres*, que tuvo lugar en la Biblioteca Nacional de Chile el 29 de noviembre de 2017, donde se ensayó una primera versión de este texto.

<sup>1</sup> “Si la legibilidad de un legado estuviera ya dada, resultara natural, transparente, unívoca, si no apelara y desafiara al mismo tiempo a la interpretación, no tendríamos nunca nada que heredar”. Derrida, *Spectres de Marx* (París: Galilée, 1993), 33.

*del Cid*.<sup>2</sup> Todos los que hemos intentado conocer a Bello, estudiar algún aspecto de su obra en las últimas décadas debemos a Iván Jakšić, entre tantas iluminaciones, la de haber señalado la centralidad de esta obsesión de Bello con el que se convertiría en el poema fundante de las letras castellanas para comprender toda la trayectoria del caraqueño. Iván Jakšić sabía esto, no sólo por conocer el volumen publicado, sino también, podríamos decir, de buena fuente, a partir de su conocimiento cabal de los papeles que documentaban la formación filológica de Bello, los trabajos que conducen hacia, y atraviesan su, labor filológica con el *Cantar*. A él, a Tania Avilés, a su equipo y a la Universidad de Chile debemos ahora la generosidad de organizar, transcribir, descifrar, editar y publicar, esto es, hacer público, compartido, visible y legible ese archivo hoy para todos nosotros.

Este volumen supone en sí un acontecimiento: nos ofrece la posibilidad de releer al intelectual más influyente de nuestra América en el siglo XIX, y enriquece y complejiza, para el público lector que no ha tenido la experiencia de su archivo, el legado de aquél al que Pedro Grases se enorgullecía de haber otorgado duraderamente el epíteto de “primer humanista de América”.<sup>3</sup> En estos *Cuadernos de Londres* encontramos documentado el diario empeño de Bello en su exilio londinense por estudiar textos y problemas a los que de otro modo o en otra geografía no hubiera accedido, y resultan decisivos, como ha subrayado más de una vez su editor, para lograr una comprensión cabal del resto de su trayectoria. Al publicarse, puede considerarse en buena medida que vuelven a abrir su legado, a hacerlo legible. Como escribía Jacques Derrida a propósito de la posibilidad de seguir leyendo a otro célebre exiliado londinense, en sus *Espectros de Marx*, “si la legibilidad de un legado estuviera ya dada, resultara natural, transparente, unívoca, si no apelara y desafiara al mismo tiempo a la interpretación, no tendríamos nunca nada que heredar”.<sup>4</sup>

Vuelvo entonces al comienzo: en aquel primer centenario de Bello, la gestión de su legado no era monopolio del Estado chileno y sus instituciones. La forma, sentido y difusión de su obra, la ubicación de su

---

<sup>2</sup> Andrés Bello, *Obra completa*, vol. 2: *El poema del Cid* (Santiago: Imprenta de Pedro G. Ramírez, 1881).

<sup>3</sup> Pedro Grases, *En torno a la obra de Bello* (Caracas: Tip. Vargas, 1953), 155.

<sup>4</sup> Derrida, *Spectres*, 33.

figura eran y seguirían siendo objeto de reflexión y disputa en distintas latitudes. Bello, que había sido un esmerado promotor de la necesidad de trabajar en aras de la unidad de la lengua castellana en Europa y América, en la continuidad de una tradición que no por ser republicana e independiente abandonara por completo sus antecedentes hispánicos —más aún, en la europeización de esos antecedentes—, aparecía como un modelo para un intelectual influyente como Miguel Antonio Caro, quizás uno de los más celosos aspirantes a convertirse en su albacea.

En esa ocasión, Caro redacta un prólogo a la edición de las poesías de Bello publicada en 1882 por la editorial madrileña Pérez Dubrull, y luego, al año siguiente, por la popular Maucci, instalada en Buenos Aires y Barcelona.<sup>5</sup> Allí Caro se detenía largamente en el análisis ponderativo y elogioso tanto de los versos más célebres de Bello como de sus ensayos de traducción y emulación de los clásicos latinos, aura clasicista que, por lo demás, a él le resultaba tan conveniente para establecer un antecedente firme para la figura del filólogo clásico que asegura el imperio de la religión y la tradición en las letras y las leyes. Sin embargo, se ve obligado también a dar cuenta de lo que entonces era una novedad, un hallazgo, aunque para él a todas luces uno particularmente frustrante: la poesía juvenil de Bello en Caracas, su “Poema en acción de gracias al Rey de las Españas por la propagación de la vacuna en sus dominios...” y la *Venezuela consolada*. Según se deja ver en su comentario, ambos poemas parecían hacer un flaco favor a la solidez de la efigie poética y política de Bello. Políticamente, es previsible que un poema en alabanza de las autoridades imperiales y virreinales poco pudiera contribuir a la imagen de un paladín del americanismo. La ocasión, tema y tono del poema son calificados de “melifluo besamanos”, aunque al mismo tiempo pueden ser observados con indulgencia, o al menos eso razona Caro: “Las revoluciones suelen sorprendernos desapercibidos, solazándonos en pueriles entretenimientos, y en su torbellino de fuego envuelven y arrastran hombres y cosas, llevándolos muy lejos de donde tenían su asiento”.<sup>6</sup> El asiento de Bello en la administración colonial era para ese entonces, como ha establecido

---

<sup>5</sup> Andrés Bello, *Poesías*. Precedidas de un estudio biográfico y crítico escrito por D. Miguel Antonio Caro (Madrid: Pérez Dubrull, (1882).

<sup>6</sup> Miguel Antonio Caro, “Don Andrés Bello”, en *Obras completas*, tomo II (Bogotá: Imprenta Nacional, 1920), 116.

la crítica, al menos promisorio y sin duda confortable. Como destaca Jakšić, Bello, que “era un funcionario burocrático perfecto: hacía lo que le pedían y mantenía sus opiniones como asunto privado”, al igual que la mayoría de los criollos de Caracas “no se sintió particularmente encendido por un fervor revolucionario como resultado de la expedición de Miranda” en 1806.<sup>7</sup> Así, la trayectoria política de Bello será difícil de asimilar a cualquier épica que busque revolucionarios de una pieza para su panteón. Es así que llegado a Chile, como lo ha estudiado también Iván Jakšić,<sup>8</sup> será objeto de ataques diversos —entre ellos, los más destacados son los de José Miguel Infante y los de Domingo Faustino Sarmiento— fundados en la sospecha sobre su vocación americanista y republicana.

Al igual que Caro —y esto es algo que el colombiano se complacía en subrayar—, Bello era una persona de una profunda religiosidad católica, y en este sentido podía trazarse una clara vocación en cuanto a la conservación de la tradición heredada. Su educación inicial supervisada por Fray Cristóbal de Quesada y el latín aprendido con el presbítero José Antonio Montenegro marcan una huella profunda, que sin embargo no deja de hacer lugar al interés por otros saberes más próximos al mundo secular. Jakšić recupera aquí, de la *Vida de Andrés Bello* de Miguel de Amunátegui, una anécdota notable, de acuerdo con la cual “Montenegro encontró un día a Bello leyendo una obra de Racine, lo que le hizo exclamar, ‘¡es mucha lástima, amigo mío, que usted haya aprendido el francés!’, preocupado al parecer por el tipo de lecturas al que Bello tendría ahora acceso”.<sup>9</sup> Y bien observados, estos dos poemas se corresponden bien con la impronta secularizante, civilizatoria de su época. Se trata justamente de una loa a la expansión de un ícono modernizador como la vacuna, de parte de uno de los principales artífices del dispositivo por antonomasia de la modernización en la cultura: la imprenta. Bello, redactor de la primera publicación periódica de Caracas y autor del primer libro allí impreso (el *Calendario manual y Guía*

---

<sup>7</sup> Iván Jakšić, *Andrés Bello: La pasión por el orden* (Santiago: Universitaria, 2010), 43.

<sup>8</sup> Iván Jakšić, “Andrés Bello y la prensa chilena, 1829-1844”, en *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, compilado por Paula Alonso, 107-137 (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004).

<sup>9</sup> Jakšić, *La pasión por el orden*, 38.

*universal de forasteros en Venezuela para el año de 1810*),<sup>10</sup> celebraba en esos versos la labor civilizatoria de la corte virreinal.

Por otra parte, lo que resulta verdaderamente pasmoso a Caro, en estos versos, es su factura poética, irreconciliable con cualquier representación consistente de un estilo en el autor de las *Silvas Americanas*, y que sólo por su correspondencia con las referencias que el propio Bello había hecho en vida a su escritura se aviene a aceptar como propios de él. La explicación de Caro es una feliz descripción sintética de la poesía de Bello (la buena y la otra):

N[o] se comprende cómo aquel que en anteriores ensayos se ostentó alumno aventajado de la escuela itálico-española del siglo XVI, no sin alguna afición, si bien dentro de términos prudentes, a los aliños y conceptuosa frase de los escritores del siglo XVII, aparece de pronto envuelto en el pesado y trivial prosaísmo del XVIII, escribiendo versos dignos de cualquiera de los Iriartes.<sup>11</sup>

Sin embargo, lo que Caro no parece considerar aquí es el rol formativo de los estudios posteriores de Bello para apropiarse de esa manera de una lengua del modo en que lo hace, en toda su extensión. No es sólo la inicial destreza en la traducción de los clásicos latinos lo que marca su relación ulterior con la lengua (tanto en la gramática como en la composición poética), sino, sobre todo, el conocimiento de todas las modulaciones intermedias a las que pudo tener acceso.

\*\*\*\*\*

Pocos autores americanos han visto tantas veces editadas sus obras más importantes, y aún también sus obras completas (en Argentina, por ejemplo, recién ahora, y gracias a Celina Ortale y Élica Lois, se está publicando una *Obra completa* nada menos que de José Hernández). Pocos autores han recibido tantos homenajes y han sido tan estudiados como Bello. Pocos lograron, tan tempranamente —esto tiene que ver

---

<sup>10</sup> “En 1808, con la introducción de la imprenta de Gallagher y Lamb, Bello se convierte en el redactor de la *Gazeta de Caracas*, pero es imposible atribuir con exactitud lo que se debe a su pluma”. Grases, *En torno*, 166.

<sup>11</sup> Caro, “Don Andrés Bello”, 116.

con una hipótesis de Julio Ramos—,<sup>12</sup> hacerse ese nombre, el del intelectual, el letrado —no además de, sino—, antes de que el del político; esto es, forzar los límites de lo posible en un contexto muchas veces hostil para crear ese espacio de la (relativa, muy relativa) autonomía para la producción intelectual en un espacio que no la preveía en absoluto. Y pocos lograron, desde ese lugar, una influencia tan profunda en la configuración política de los estados americanos, de las naciones que debían justificarlos.

Bello escribe no solamente un código civil y una gramática eficientes, sólidos y duraderos, sino que además, desde sus distintas funciones, teje pacientemente la compleja urdimbre de lo público, de una modernidad posible. Un nivel de influencia como el adquirido por Bello nos resulta hoy inimaginable para un intelectual, y sin embargo ahí están los hechos para probarlo. No sé si existe otro momento de nuestra historia que deje ver con tanta claridad la prominencia de una figura. No sólo por sus éxitos, por lo que impuso, lo que enseñó, todo aquello que comenzó a existir gracias a su labor, sino también por sus limitaciones, por lo que no pudo hacer, lo que padeció y lo que hizo padecer.

“Bello tiene que ordenar el mundo tumultuoso, contradictorio, dilatado de América, para interpretarlo”, escribió Germán Arciniegas.<sup>13</sup> Iván Jakšić hizo de esa necesidad el título de un volumen indispensable para conocerlo. La superficie privilegiada de ese afán ordenador es la lengua, en la que se articula la ley. Es lo difícil de explicar en el presente: que el autor de la *Gramática* y el del *Código Civil* sean el mismo, que alguien pudiera tener la capacidad y el poder para hacerlo.

El trayecto de Bello, sin embargo, es también ejemplarmente sinuoso y accidentado. Cuando llega a Chile es ya, para su época, un hombre mayor, que había pasado las últimas dos décadas en Inglaterra, la primera de ellas sufriendo pesares inenarrables, que incluso en su proverbial discreción llega a describir en una carta como “absoluta indigencia”.<sup>14</sup> A pesar de esas circunstancias, estos años aparecen de manera clara como decisivos en la larga formación y preparación del

---

<sup>12</sup> Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina* (México: Fondo de Cultura Económica, 2006), cap. 2.

<sup>13</sup> Germán Arciniegas, *El pensamiento vivo de Andrés Bello* (Buenos Aires: Losada, 1946), 23.

<sup>14</sup> Pedro Grases, “La Argentina en los años londinenses de Bello”, *Revista Shell* V, n.º 19 (1956): 12.

intelectual que —para usar la terminología latina tan frecuente en sus notas— florecerá en Chile, irradiando hacia América toda. En su mismo centro es que Jakšić ha señalado el punto de inflexión en el cual el desterrado pasa a ser *the right man in the right place*, ya que “fue en el contexto de la gran agitación diplomática que acompañó el cambio de la política británica en la década de 1820, que Bello comenzó a explorar sistemáticamente cómo construir las nuevas naciones sobre las ruinas del Imperio Español en América”.<sup>15</sup>

Por eso este volumen, que recupera sus notas de trabajo, resulta tan valioso. Lo ha dicho en más de una ocasión Iván Jakšić: aquí hay una clave para entender a Bello, para entender cómo se forma, cómo funciona su pensamiento.

¿Qué es lo que hace éste, el intelectual más influyente de nuestro siglo XIX, en los 19 años de su destierro londinense? Estudia, copia, transcribe. ¿Qué estudia? Filología. Entre otras cosas, claro, entre múltiples trabajos. Pero sobre todo se ocupa de eso, de estudiar lenguas y literaturas antiguas, remotas, que conducen a la propia. No analiza aún; los cuadernos no son apuntes tal como los entenderíamos ahora en primera instancia. Bello, en los *Cuadernos...*, sobre todo transcribe. El volumen, ha precisado Tania Avilés, en un artículo recientemente publicado en el que se daba cuenta de los avances de la edición, es una transcripción de una transcripción.<sup>16</sup> Bello transcribe de ediciones, libros eruditos, manuscritos medievales, y vuelca todo en sus cuadernos. Sólo eso, y sus observaciones, los puentes que tiende de vez en cuando entre un libro y otro, un pasaje y otro. La primera persona se confunde a veces en la transcripción o la traducción (es el caso con los largos pasajes de Ellis), asumiendo un nosotros inglés que termina de desdibujar casi por completo a un escriba que apenas esboza juicios de valor, señalando aquí y allá detalles técnicos, dónde se usa qué tipo de metro o rima, prefiriendo la transcripción directa en algunos casos, el resumen austero en otros, llevando a sus cuadernos historias crónicas, *chansons de Geste*, *romans* y romances. La finalidad es el estudio, no aún la edición, que de todos modos comienza a concebirse allí, al menos con respecto al *Poema del Cid*.

---

<sup>15</sup> Jakšić, *La pasión por el orden*, 95.

<sup>16</sup> Tania Avilés, “Para el establecimiento de una genealogía de los manuscritos: el caso de los *Cuadernos de Londres* de Andrés Bello”, *Anales de Literatura Chilena* año 17, n.º 25 (2016): 19.

Tal vez el aspecto más impactante de estos manuscritos sea el grado de concentración de Bello en las temáticas tratadas, puesto que rara vez se aparta de ellas para anotar sus propias conclusiones, y casi nunca da información que pueda considerarse personal, o incluso consignar fechas de composición. (...) La escritura llena todos los espacios posibles, incluyendo las tapas.<sup>17</sup>

No hay curiosidad malsana que pueda verse satisfecha en estas notas, sin embargo, íntimas, de uno de los más públicos escritores de su tiempo. Bello transcribe, sus editores transcriben, hacen legibles sus papeles no sólo venciendo la dificultad que su trazo nos impone, sino también disponiendo sobre nuestra mesa de lectura aquello que Bello fue reuniendo en la suya, otra vez pública, de la biblioteca londinense. La legibilidad, ha indicado un crítico contemporáneo, se da en el montaje, y para lograrla es decisiva la mirada filológica.<sup>18</sup> Transcripción al cuadrado, filología al cuadrado, lo que nos toca ensayar ahora es una indagación filológica de los primeros intentos —los más serios, durante mucho tiempo— de formarse en estos menesteres un hispanoamericano. Y ese intento es el que además pone de relieve el largo y hondo sentido político de esta labor.

Como un amanuense medieval (“trabaja comentando comentarios y citando fórmulas autoritativas, con el aire del que nunca dice nada nuevo”, tal la fórmula de Eco),<sup>19</sup> Bello prescinde de los trazos más visibles, de la exhibición del yo, y nos deja delante del rigor de su investigación, de un trabajo de transcripción, que siempre es interpretación, reordenamiento; donde apenas asoma en las desinencias y los pronombres una primera persona que muy de vez en cuando opina. Pero en ese ejercicio trabaja ya el problema: transcribir, trasladar, buscar una tradición, no por el camino exclusivo de la fábula, sino por el que se evidenciaba más firme y seguro, el de la forma, el de la emergencia de una constante en el versificar romance, de un signo de pertenencia común en el modo de hacer la poesía. Las páginas y páginas en las que

---

<sup>17</sup> Iván Jakšić, “Los Cuadernos de Londres de Andrés Bello”, *Boletín de Filología L*, n.º 2 (2016): 182-183.

<sup>18</sup> Georges Didi-Huberman, *Remontages du temps subi. L’Oeil de l’histoire 2* (París: Seuil, 2010).

<sup>19</sup> Umberto Eco, *Arte y belleza en la estética medieval* (Madrid: Lumen, 1997), 11.



persigue el origen de la rima y sus formas lo llevan también a otras preguntas, otros menesteres que vemos emerger luego, pero que aquí no dejan indicio claro.

Su preocupación, a lo largo de cientos de páginas: los orígenes de la versificación en la poesía vernácula. Los cantares de gesta, el *Cid*. Transcribe el latín, el griego, el *middle english*, el *ancien français*, algunos pasajes nórdicos; habla de juglares, monjes, escaldos y goliardos; comenta libros o manuscritos hoy desaparecidos; hace, sobre todo eso, filología. Ni una nota personal, ni una referencia a sus pesares, su malhadada economía (Jakšić menciona la posibilidad de que algunos números garabateados aquí o allá puedan tener que ver con eso, pero tampoco hay indicios firmes de que así sea), los asuntos que ocupaban a un americano desterrado en Londres, ninguna, salvo la constante que la lucidez de Iván Jakšić lee en la novedad de su interés por el *Poema del Cid*. Y aquí es donde la tarea del caraqueño se muestra más fascinante, en lo enigmático de su actividad: transcribiendo, seleccionando, conservando, explorando los textos del pasado podemos ver al intelectual clave de un proceso que no se sabía aún hacia dónde iba ni qué forma asumiría escrutando los códices y volúmenes de una Edad Media que recién comenzaba a adquirir la forma y el lugar que la filología y la historia del XIX le otorgarían en la conformación de nuestra geografía política. En ese aspecto, el largo e inacabado trabajo de Bello sobre el *Cid* cobra toda su significación política —como lo han sabido señalar tanto Altschul<sup>20</sup> como Jakšić:

El significado del paciente trabajo filológico de Bello, cuando se mira en relación con los altos y bajos del proceso de independencia, reside en la búsqueda de claves para comprender el colapso imperial y el surgimiento de las naciones. Bello llevó a cabo esta búsqueda con una clara fe, si bien optimista, en el poder del lenguaje para fomentar la unidad. En la sala de lecturas del Museo Británico, Bello encontró su papel en el proceso de construcción de las naciones hispanoamericanas: el proyecto de estructurar la nacionalidad independiente sobre la base del cultivo y adaptación

---

<sup>20</sup> Nadia Altschul, *Geographies of Philological Knowledge. Postcoloniality and the Transatlantic National Epic* (Chicago y Londres: Chicago University Press, 2012).

del castellano a las nuevas realidades políticas, y en contacto cercano, además, con la promoción del imperio de la ley.<sup>21</sup>

Imperio de la ley: en el primer término está el *imperium* nebrisense bien entendido, la posibilidad de un orden. Como indica Rojinsky, hay un consenso generalizado en torno al reconocimiento de que la noción de *imperio* en Antonio de Nebrija tiene un significado más cercano al de “poder” o “soberanía” que a lo que entendemos actualmente bajo el término, aunque también debe tenerse en cuenta el “tono innegablemente mesiánico y milenarista” que se extiende no sólo por el prólogo de su *Gramática castellana* (1492), sino que también por el resto de la obra de Nebrija. Así, Rojinsky insistirá: “la retórica empleada para promover la imagen imperial (...) se manifestaba en la forma de una serie de tropos, figuras y *topoi*, que demostraban la convicción de que la lengua era indispensable para andamiar el poder político así como para asegurar la hegemonía política interna”.<sup>22</sup> Bello llega a Londres como secretario de la legación de Bolívar y López Méndez, y llega estrenando en su currículum, entre innumerables virtudes, el hecho de ser el responsable del primer libro impreso en Venezuela. En tránsito constante, con la acuciante inestabilidad de su lugar de origen llega a uno de los centros mundiales de la expansión de la cultura impresa, inmerso en la discusión y la vivencia de las nuevas formas del *imperium* secular. La lengua y la tradición que aquella cultura impresa debía soportar, expandir y afianzar se dibujan así en el horizonte de sus inquietudes con nitidez.

El imperio de la ley, que en Bello entonces se despliega en la lengua, como intuyó Julio Ramos hace ya un tiempo, encuentra allí su espacio y se genera en una dinámica que actúa en el corazón de la forma más moderna del *Imperium*, y que debe articular, en la absoluta novedad de su forma, los dispositivos técnicos que la hacen posible y la continuidad de una tradición recibida. Por la letra escrita pasaba esa

---

<sup>21</sup> Jakšić, “Los Cuadernos”, 189.

<sup>22</sup> David Rojinsky, *Companion to Empire. A Genealogy of the Written Word in Spain and New Spain (c. 550-1550)* (Amsterdam: Rodopi, 2010), 95-96. La traducción es mía. Ver a este propósito Juan Ennis, “Soberanía lingüística. Una discusión glotopolítica”, en *Homenaje a Elvira Arnoux*, tomo I, de los coordinadores Roberto Bein, Daniela Lauría, Juan Bonnin, Mariana Distefano y Cecilia Pereira (Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 2017), 303-320.

tradición, sabía Bello, por eso ese ejercicio constante y paciente de la transcripción, que muy pocas veces es traducción.

Lengua y soberanía contribuyen a hacer legible ese esfuerzo de lectura, comprensible quizás bajo las modulaciones de la *translatio imperii*. Nadia Altschul ha indicado cómo esta figura contribuirá a sentar la posición de Bello en los debates de 1844 con Lastarria, a la hora de gestionar una herencia para la nación criolla que no prescindiera de su raigambre hispánica, una forma, si bien deslucida, aún viable de permanecer en la historia que avanzaba hacia Occidente.<sup>23</sup>

De nuevo, volviendo a Jakšić, si el Imperio Carolingio toma de Roma la idea del Estado universal,<sup>24</sup> Bello encuentra en la República romana el modelo aconsejable para la construcción de las nuevas repúblicas. Y en este sentido, el vivo interés por las lecturas vinculadas a la representación de Carlomagno y su historia adquiere todo su sentido —empezando, claro está, por la transcripción del manuscrito perdido del *Voyage de Charlemagne*—.<sup>25</sup>

Por otra parte, en el cuaderno I, página 72, nos encontramos con lo que probablemente sea una de las primeras traducciones españolas de los *Serments de Strassbourg*. Allí donde Bello se asombra (una de las pocas intervenciones que podemos ver como tales, la mirada asombrada, casi admonitoria del filólogo) de que Du Cange ignore la distinción entre el valón y el provenzal. Transcribe de aquel, de su *Glossarium ad scriptores mediae et infimae latinitatis* (Paris: Osmont, 1733-1736):

<sup>23</sup> “Bello had used the image of *translatio studii et imperii* in 1844, in a reply to José Victorino Lastarria that asserted the positive aspects of Spain’s ruling over the Americas. To reply to Lastarria’s negative view of Spanish colonization, Bello used the image of *translation* and placed Spain as a recipient of the spirit of Rome: ‘La misión civilizadora que camina, como el sol, de oriente a occidente, y de que Roma fue el agente más poderoso en el mundo antiguo, la España la ejerció sobre un mundo occidental más distante y más vasto’ (OC, 19: 165). Romanized Spain had received *studi et imperii* from Rome and had benevolently bestowed it on its own colonial offspring, perhaps even showing more prominence than Rome (as Bello implied) because of the great distance and vastness of the Western geographies civilized by the Iberian empire”. Altschul, *Geographies of Philological Knowledge*, 170.

<sup>24</sup> Ernst-Robert Curtius, *Literatura Europea y Edad Media Latina* (México: Fondo de Cultura Económica, 1955), tomo I, 52.

<sup>25</sup> Ver al respecto: Carla Rossi. *Il manoscritto perduto del Voyage de Charlemagne: il Codice Royal 16 E VIII della British Library* (Salerno: Salerno Editrice, 2005).

Pro Deo amor, & pro Christian poblo & nostro comun solvamento dist di en avant, in quant Deus savir et podir me dunat, si salvaréjo cist meon fradre Karlo et in adjudha, et in Cadhuna cosa, si cum om per dreit son fradre salvar dist, im o quid il mi altre si fazet, et ab Ludher nul plaid nunquam prindrai, qui meom vol cist meon fradre Karle in damno sit.

(*Por amor de Dios, y por el Cristiano pueblo, y nuestro comun salvamento, deste dia en adelante, en cuanto Dios saber y poder me done, si salvaré yo a queste mi hermano Carlos, y en ayuda, y en cada una cosa, así un hombre por derecho su hermano salvar debe (léase dust, dice Dis[t]), “in eo in quod ille mihi alter faceret, et cum Lothario nullum placitum unquam capiam, quod mea voluntate huic meo fratr[i] Carolo in damno sit”*).<sup>26</sup>

Por lo general, esto es lo curioso, Bello no traduce ni el latín ni el francés antiguo, ni el griego ni lenguas aún más peregrinas entonces. Pero aquí hace el ejercicio, justamente en el fragmento solemne que transcribe Nithard del encuentro entre Carlos “el Calvo” y Luis “el Germánico”, aquel donde, en la diplomacia, en el acuerdo político ante Dios y sus huestes, se pone por escrito por primera vez, aparentemente, una lengua romance.

Luego, a partir del cuaderno VII, cuando traduce largamente a George Ellis y sus *Specimens of Early English Metrical Romances* (Londres: Longman, Hurst, Rees and Orme, 1805), lo hace persiguiendo la historia de la forma poética, y con ella de la historia, la leyenda y sus modos de difundirse y de la organización política de las islas británicas.

\*\*\*\*

Hace poco más de diez años, Edward Said podía comenzar una de sus *Lectures...* postulando sin dudar que probablemente no hubiera nada más pasado de moda ni menos atractivo (menos *sexy*, dice, literalmente) en el mercado académico de las humanidades del siglo XXI que la filología.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> Andrés Bello, *Cuadernos de Londres*, edición de Iván Jakšić y Tania Avilés (Santiago: Universitaria, 2017), 72.

<sup>27</sup> “Philology is just about the least with-it, least sexy and most unmodern of any of the branches of learning associated with humanism”. Edward Said, “The Return to Philology”, en *Humanism and Democratic Criticism* (New York: Columbia University Press, 2004), 57.

Y sin embargo, lo que aquí encontramos es eso: filología. Y nos resulta sumamente atractivo.

Y es que, por un lado, el siglo XIX no era de la misma opinión. La filología, sobre todo la filología vernácula, se presentaba como un modo de acceso al pasado indispensable para pensar los proyectos políticos del momento. La filología, sí, podía aparecer como un arma cargada de futuro. Pero esto era sólo posible allí donde podían costearse. Pedro Henríquez Ureña escribió, en su *La utopía de América*, que Rufino José Cuervo era un gramático que, yéndose a París, terminó siendo filólogo, y Bello un filólogo que, puesto ante las urgencias de la vida pública americana, terminó siendo gramático.<sup>28</sup> A primera vista, claro, puede resultar cierto. En la sala de lectura de la biblioteca del Museo Británico en Londres sobraba el lugar para la filología, mientras que en las extensiones americanas apenas cabía una gramática; la necesidad de un orden prevalece sobre la sosegada inquietud de la investigación libresca, en un archivo imposible de imaginar en nuestro siglo XIX.

Sin embargo, es observando estos dos aspectos, las dos caras del legado, el público —y configurador de la misma publicidad que lo hace posible, el del imperio de la ley y la unidad de la lengua— y el privado, garabateado en una letra de dificultosa lectura, donde el amanuense transcribe, con el gesto de quien sólo copia lo hallado, que podemos ahora lograr una nueva lectura —no sé si mejor, seguramente más compleja— del legado de Bello.

Los *Cuadernos de Londres*, en buena medida, pueden entenderse como la crestomatía, el corpus o fondo masivo que nos permite leer nuestro siglo XIX tal como lo afronta, descifra y ordena Andrés Bello.

no es, como algunos piensan, el entusiasmo de teorías exajeradas o mal entendidas lo que ha producido y sostenido nuestra revolución (...) lo que la produjo y la sostuvo fue el deseo inherente a toda gran sociedad, de administrar sus propios intereses, y de no recibir leyes de otra.<sup>29</sup>

---

<sup>28</sup> Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1989), 276-277.

<sup>29</sup> Andrés Bello, “Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV”, en *El repertorio Americano*, n.º 3 (abril 1827), 194; citado en Jakšić, *La pasión por el orden*, 105.

La tarea ordenadora de Bello encuentra aquí, en esta larga transcripción, su base, su sustento, su momento de aprendizaje. El gesto que une al amanuense medieval con el filólogo moderno, el de producir materialmente una tradición con el gesto de quien sólo copia lo existente, de quien transcribe lo dado con la mayor fidelidad posible, es el que puede ofrecer también una clave del ejercicio de la *translatio* bellista posterior: la legitimidad del *imperium*, el sustento de la soberanía, ofrecido como continuidad natural, el más sofisticado dispositivo para ordenar lengua y vida pública como sereno ordenamiento de las condiciones dadas según lo que a ellas mejor conviene. Al transcribir la transcripción así, estos *Cuadernos* nos revelan no sólo la base, el comienzo posible del *monumentum* de la madurez, sino también su reverso, la urdimbre o trama en la que un lector inagotable, aislado y distante, acosado por las necesidades e incertidumbres, se permitió, leyendo y copiando, pensar un continente.

## BIBLIOGRAFÍA

- Altschul, Nadia. *Geographies of Philological Knowledge. Postcoloniality and the Transatlantic National Epic*. Chicago y Londres: Chicago University Press, 2012.
- Arciniegas, Germán. *El pensamiento vivo de Andrés Bello*. Buenos Aires: Losada, 1946.
- Avilés, Tania. “Para el establecimiento de una genealogía de los manuscritos: el caso de los *Cuadernos de Londres* de Andrés Bello”. *Anales de Literatura Chilena* 17 (2016): 13-32.
- Bello, Andrés. *Cuadernos de Londres*. Edición de Iván Jakšić y Tania Avilés (Santiago: Universitaria, 2017).
- . *Obra completa, vol. 2: El poema del Cid*. Santiago: Imprenta de Pedro G. Ramírez, 1881.
- . *Poesías*. Precedidas de un estudio biográfico y crítico escrito por D. Miguel Antonio Caro. Madrid: Pérez Dubrull, 1882.
- Caro, Miguel Antonio. “Don Andrés Bello”. En *Obras completas*, tomo II. Bogotá: Imprenta Nacional, 1920.
- Curtius, Ernst-Robert. *Literatura Europea y Edad Media Latina*. México: Fondo de Cultura Económica, 1955.
- Derrida, Jacques. *Spectres de Marx. L'État de la dette, le travail du deuil et la nouvelle Internationale*. París: Galilée, 1993.

- Didi-Huberman, Georges. *Remontages du temps subi. L'Oeil de l'histoire 2*. París: Seuil, 2010.
- Eco, Umberto. *Arte y belleza en la estética medieval*. Madrid: Lumen, 1997.
- Ennis, Juan. "Soberanía lingüística. Una discusión glotopolítica". En *Homenaje a Elvira Arnoux*, tomo I, de los coordinadores Roberto Bein, Daniela Lauría, Juan Bonnin, Mariana Distefano y Cecilia Pereira. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 2017.
- Grases, Pedro. "La Argentina en los años londinenses de Bello". *Revista Shell* V, n° 19 (1956).
- . *En torno a la obra de Bello*. Caracas: Tip. Vargas, 1953.
- Henríquez Ureña, Pedro. *La utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1989.
- Jakšić, Iván. *Andrés Bello: La pasión por el orden*. Santiago: Universitaria, 2010.
- . "Andrés Bello y la prensa chilena, 1829-1844". En *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, compilado por Paula Alonso. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- . "Los Cuadernos de Londres de Andrés Bello". *Boletín de Filología* L, n.º 2 (2016): 181-189.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Rojinsky, David. *Companion to Empire. A Genealogy of the Written Word in Spain and New Spain (c. 550-1550)*. Amsterdam: Rodopi, 2010.
- Rossi, Carla. *Il manoscritto perduto del Voyage de Charlemagne: il Codice Royal 16 E VIII della British Library*. Salerno: Salerno Editrice, 2005.
- Said, Edward. "The return to philology". En *Humanism and Democratic Criticism*, 57-84. New York: Columbia University Press, 2004. *EP*